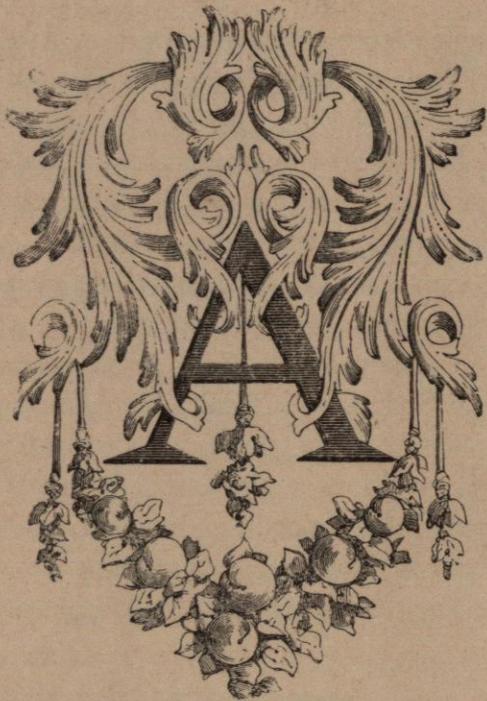


## DESCRIPCIÓN DEL ISTMO DE PANAMÁ

EN EL SIGLO XVI



IV

SEGURAN los cronistas españoles, pero no sabemos hasta qué punto se debe confiar en ellos, que los indígenas del Istmo de Panamá, en medio de las supersticiones más absurdas, creían en un Dios omnipotente, tenían noticia de un diluvio, del cual sólo se salvó un hombre y una mujer dentro de una canoa, añadiendo

que en el cielo había una mujer muy hermosa con un niño en los brazos. Creían que el alma iba á gozar mil placeres materiales en la otra vida, y cuando morían los caciques enterraban en la misma sepultura las mujeres que él señalaba para que le fuesen sirviendo en su viaje eterno. Envolvían al muerto en mantas, le adornaban con sus mejores joyas y le ponían á disecar en una hamaca sobre el fuego. Recogían la grasa que destilaba el cadáver doce hombres principales que le velaban noche y día con las cabezas cubiertas con mantas, y tocando de tiempo en tiempo un ronco atambor seguido de un canto que terminaba por un pavoroso alarido. Entretanto, el resto de la tribu bebía *chicha* y se embriagaba á sus anchas. Disecado el cuerpo lo guardaban colgado en sus casuchas, y algunos cronistas dicen que al cabo de un año sacaban el cuerpo y lo quemaban en la plaza del pueblo, para que el humo que exhalaban los huesos se elevase al cielo, en donde el

alma aguardaba aquello para gozar de la bienaventuranza <sup>1</sup>. Estas costumbres las conservan hasta el día los descendientes de los aborígenes de Panamá.

La población en el Istmo estaba repartida en pequeñas tribus; cada una obedecía á un cacique, el cual declaraba á su antojo la guerra á sus vecinos; sus súbditos tenían que obedecerle y combatir bajo sus órdenes; en tiempo de paz él administraba justicia, castigaba con la muerte casi todos los delitos y ejercía varios derechos muy apreciados por ellos, como el de pintarse de cierta manera y precaverse de la lluvia bajo la hoja grande de un árbol que le presentaban con ese objeto.

Tenían también grande influencia entre los indígenas los *fequis*, sacerdotes que pretendían comunicarse con los espíritus infernales, quienes decían que les inspiraban los remedios que recetaban y los conjuros con que creían curar á los enfermos.

Eran en extremo bárbaros para hacerse remedios: se sangraban con piedras duras y cortantes y con dientes de víbora. Después de haber caminado mucho creían descansar de sus fatigas sajándose las pantorrillas con instrumentos cortantes, y lavándose en infusiones de plantas astringentes <sup>2</sup>.

Las tribus aborígenes que aun se conservan en el Istmo han progresado tan poco desde la conquista,—es decir en cerca de cuatrocientos años,—que hoy día, según los viajeros modernos, sus usos y costumbres son poco más ó menos iguales á las que describen los conquistadores Enciso, Oviedo y Gomara.

Hace tres ó cuatro años que el Sr. Pinart presentó á la Sociedad de Geografía de París una Memoria muy interesante acerca de los indios *Guaimies* que moran en los límites de Colombia y Costa Rica, restos de los aborígenes que encontraron allí los descubridores. Apenas alcanzan á cuatro mil individuos; están divididos en tres familias distintas y hablan dialectos diferentes de la lengua *cueva* <sup>3</sup>.

Los indígenas que habitan el departamento de *Chiriquí* (dicen el Sr. Codazzi y don Felipe Pérez en la Geografía del Estado de Panamá), pertenecen á las tribus denominadas *Terevis* ó *Knapas*; los de Veraguas son *guaimies*; los de la costa atlántica, desde el cabo de San Blas, hasta el golfo de Urabá son restos de las llamadas *mandingas*, *machunas* y *cunas*.

En un viaje publicado en el «Repertorio Colombiano» (de Bogotá) en Diciembre de 1887 por el Sr. Ernesto Restrepo encontramos observaciones muy curiosas acerca de los indios *cunas* <sup>4</sup>.

Según el Sr. Pinart los *Guaimies* conservan todos los caracteres de la raza que

<sup>1</sup> Véase: *Andagoya*: «Relación de los sucesos del Darien». Herrera—«Décadas.»

<sup>2</sup> Véase «Historia de las Indias», por J. L. de Gomara.

<sup>3</sup> Según Humboldt el fondo de todas las lenguas americanas es idéntico. Desde los esquimales hasta los Fueguinos encuéntrase, dice, en todas las lenguas del Nuevo Mundo, una sorprendente analogía gramatical. De aquí deduce el sabio alemán que el origen de los americanos es el mismo; pero otros piensan que siendo el lenguaje humano primitivo uno desde Noé, éste se desarrolló menos entre los americanos, separados del resto del mundo, y en él hallaríamos las raíces de aquella extinguida lengua antediluviana, si supiéramos descubrirlas.

<sup>4</sup> «El idioma *cuna*, dice el joven viajero, es de una monotonía desapacible, y sobre todo muy pobre. Cuando dicen la cosa más insignificante necesitan repetirla tres ó más veces, dándole formas distintas hasta que el

allí vieron los conquistadores: aunque pequeños de estatura son robustos; de cabellos negros y ásperos; tienen la cabeza demasiado grande para el cuerpo; la cara aplastada; gruesa la nariz en la base; boca grande; labios gruesos, color moreno amarilloso, más oscuro entre los que viven en las costas que los del interior. Aunque hacen largos viajes á pie en caso de necesidad, son muy amantes del reposo. Conservan aún su creencia en el poder de ciertos hombres que llaman *suquias*, los cuales fingien tener comunicación con espíritus que les inspiran las respuestas que dan. Cada familia ó individuo posee un animal favorito, y esto hace creer al señor Pinart que los Guaimies conservan una tradición totémica muy curiosa.

Parece que los *suquias* han conservado un dialecto especial que no lo usan sino en sus canciones y que llaman *jaquetaré* ó *cujeré*, el cual se cree que es la antigua lengua de aquellas tribus.

Los cantores especiales que entretienen á estos indígenas durante sus fiestas eran antiguamente los sacerdotes y curanderos de la tribu. Hoy éstos no hacen á los enfermos ningún remedio y se contentan con rezarle ciertas oraciones y rodear la hamaca en que reposa el enfermo de idolillos, los cuales, dicen, deben arrojar del cuerpo dolorido el mal espíritu que se ha apoderado de él.

El Sr. Ernesto Restrepo visitó los indios *Cunas* del Sur del Istmo é hizo interesantes observaciones. Dice que en las chozas de aquellas gentes se encuentran siempre formas de animales—principalmente de tortugas—toscamente labradas, las que, cuando son hechas con madera les sirven de asientos, y si de barro y huecas hacen uso de ellas para guardar sus utensilios de menaje. Se puede deducir de esto que los habitantes del Istmo son descendientes de tribus de Centro América, pues allí, dice M. Desiré Pector <sup>1</sup>, en los sepulcros de los indios de Nicoya se encuentran siempre objetos cuya forma imita la de algún animal, especialmente el de la tortuga. El Sr. Zeltner, en un curioso estudio que hizo en *Chiriqui*, hace notar que en la cerámica de las tribus aborígenes éstos procuran imitar formas de animales, pero

interlocutor repite exactamente la idea de su compañero, y le demuestra que ha comprendido. En sus discusiones proceden por alegoría y comparación... Cuentan por decenas, así:

<i>Uno</i> .....	cuenchacua.	<i>Seis</i> .....	nezcua.
<i>Dos</i> .....	pocua.	<i>Siete</i> .....	cugule.
<i>Tres</i> .....	pacua.	<i>Ocho</i> .....	pacave.
<i>Cuatro</i> .....	paquegua.	<i>Nueve</i> .....	paquepane.
<i>Cinco</i> .....	atále.	<i>Diez</i> .....	ampegui.

Al decir *ampegui* extienden bien los dedos de las manos y siguen acompañando la palabra con la mímica:

*Once*.—Ampegui-cuenchacua (diez y uno); *doce* ampegui-pocua, etc.

Abriendo los dedos y cerrándolos todos menos uno, si dicen once, etc. etc.

*Veinte es tula cuenca*: al pronunciar esta palabra colocan los dedos de las manos sobre los de los pies, y siguen contando *tula cuenca-cuencachua* (21).

Haciendo el mismo movimiento y luego cerrando los dedos de la mano menos uno.

*Treinta es tula-cuenca-cacompegui* (veinte más diez). Abren los dedos al aire y los colocan luego sobre los de los pies y siguen como atrás, etc. etc.

Pocos de estos indios pueden contar más allá de ciento.»

<sup>1</sup> *Population précolombienne du Nicaragua*, París 1888.

ellos prefieren la de dragones con una ó dos cabezas. Parécele que el dibujo de todo lo que hacen es muy semejante al de los egipcios.

Como hemos dicho antes los habitantes del Norte del Istmo eran más civilizados que los del Sur, á pesar de que los conquistadores los consideraban como más despreciables que los demás—«probablemente, añade el Sr. Pector, porque no se dejaron dominar tan fácilmente como los otros». Amaban la escultura y en el distrito de David quedan algunas muestras de su industria en hermosas columnas esculpidas por ellos.

El autor de la *Población precolombiana en Nicaragua* habla de ciertas piedras pintadas que allí se encuentran como si fueran obra de los aborígenes que descubrieron los conquistadores. Aquello, sin embargo, no parece probable. Las piedras pintadas que se encuentran en muchos lugares de la América del Norte y en la América Central y del Sur debió ser obra de aquella misteriosa raza que atravesó los dos continentes de una punta á otra y que ya se había extinguido cuando arribó Colón al Nuevo Mundo.

Según dice el Sr. Pinart los *Cunas* eran tan refractarios á una civilización más avanzada, que ni los *Muisca*s que enviaban colonias desde las alturas de los Andes, ni los Mexicanos que las mandaban del Norte lograron plantearla. Comprendemos fácilmente que fueran al Istmo colonias del Yucatán y de México, pero parécenos casi imposible—si se piensa en la distancia inmensa que separa el Istmo de Panamá de las altiplanicies de Cundinamarca—que los *Muisca*s ó *Chibchas* pretendiesen extender su imperio hasta las costas del Océano, de las cuales probablemente no tendrían ni noticia. Que los *Choco*es—pueblo bastante atrasado que poblaba las costas de Tierra Firme sobre el Pacífico—poseyesen comunicación con los istmeños sería cosa fácil, y efectivamente las *guacas* que se encuentran en los territorios que ocuparon las tribus de todos aquellos litorales tienen los mismos caracteres, así como con las de los *Muisca*s ó *Chibchas*. Pero esto no prueba que tuviesen comunicación entre sí.

El coronel Acosta, en su *Historia del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada* dice que en realidad los cronistas de la conquista no dejaron memoria bien clara de lo que eran los indígenas del Istmo de Panamá en la época de Colón. Los primeros descubridores no se tomaban la pena de estudiar á los aborígenes bajo el punto de vista científico, y aunque recorrieron aquellos lugares hombres observadores que después escribieron sus impresiones como Cieza de León, Oviedo y Valdés, Gomara, Enciso y Andagoya, éstos no siempre referían los hechos por haberlos visto sino que se confiaban en el dicho de soldados ignorantes. Según Acosta debieron de ser aquellas tribus muy numerosas y valientes, puesto que algunas de ellas, sin más defensa que sus arcos y flechas ni otro amparo á sus cuerpos desnudos, solían detener, perseguir y hasta vencer tropas de españoles de más de 200 hombres, armados perfectamente y vestidos de hierro.

Los aborígenes menos salvajes, lo repetimos, eran los que moraban hacia el

Norte del Istmo. Los caciques de *Natá*, *Pariza* y *Urracá* solían comandar ejércitos que contaban hasta 10.000 hombres; lo cual probaría que esas tribus no bajaban de 30.000 individuos cada una, incluyendo ancianos, mujeres y niños; de manera que la población del Istmo cuando Colón llegó á sus costas contaría á lo menos 300.000 almas <sup>1</sup>.

Como ya dijimos antes, de paso, aquellas tribus que al unirse hubieron opuesto una resistencia casi insuperable á los conquistadores vivían siempre en guerra abierta las unas con las otras. El sitio en que después los españoles fundaron el caserío de *Acla* había sido el teatro de una terrible y encarnizada batalla entre dos tribus comandadas por dos hermanos que deseaban obtener la supremacía. Los europeos encontraron las orillas del mar sembradas de huesos humanos que blanqueaban bajo la reverberación de un sol tropical. La palabra *Acla* en la lengua del país significaba *huesos de hombre* <sup>2</sup>. Algunos viajeros y cronistas han dicho equivocadamente que esos huesos eran los de los expedicionarios de Nicuesa, pero estudiando á fondo la historia precolombina se saca en limpio que esos restos humanos estaban allí desde antes de la llegada de los españoles al continente americano.

Los aborígenes de Panamá referían que como dos años antes de la llegada de los conquistadores los territorios habitados por los súbditos del cacique Pariza (ó Paris) y las sierras de Natá habían sido invadidas repentinamente por un ejército guerrero que iba de Nicaragua. Era compuesto de hombres valientes, fornidos y tan feroces que no se mantenían sino con carne humana. Sentaron sus reales en un llano que los indígenas llamaban de Tubrabá, y desde allí espantaron á todos los habitantes de los contornos porque se robaban los niños de los aborígenes para comerlos. Felizmente á poco les atacó una mortal epidemia que mató á gran número de ellos y debilitó

<sup>1</sup> Hemos logrado formar una lista de los nombres de tribus indígenas que mencionan los cronistas de la época; hela aquí:

Abenamachey.	Chagres.	Guararí.	Quibia.
Abraya.	Chioriso.	Gutará.	Rota.
Abibeya.	Chiracotia.	Huere.	Sarativá.
Abutema.	Chica.	Huysía.	Saganá.
Acaribia.	Chiruca.	Musá.	Tabor.
Acla.	Chirú.	Natá.	Taracuri.
Behetrías.	Chuichires.	Pariza ó Paris.	Tatacherubi.
Benamaguey.	Comagre.	Purulata.	Talibrá.
Birioquete.	Copeone.	Panamá.	Tichiri.
Cativá.	Cotrá.	Pananomé.	Totonaguá.
Capira.	Coyba.	Pariquetá.	Trobe ó Trota.
Careta.	Cutaturá.	Pácora.	Tubrabrá.
Caribana.	Cutará.	Pararucá.	Tunacá.
Caracana.	Cueba.	Po-co-á.	Tubanabá.
Chape.	Escolia.	Pocorosa.	Urirá.
Chepo.	Dururi.	Ponca.	Urracá.
Chame.	Exquegua.	Qureccá.	Zobrabá.
Chaniná.	Guararé.	Quemá.	

<sup>2</sup> Véase *Herrera*.— Dec. II, lib. III, cap. VI.

tanto á los que quedaron, que el Señor de la tierra dió sobre los invasores, y como no pudiesen defenderse, Pariza los mató á todos sin dejar uno y se apoderó de cuanto llevaban consigo. Parece que entre sus haberes tenían mucho oro, origen sin duda de la gran cantidad de ornamentos de oro que después los españoles arrancaron por la fuerza al desdichado Pariza.

¿Quiénes eran y de dónde iban aquellos antropófagos? No lo dicen los cronistas. Aunque no se sabe con fijeza sino que iban de Norte á Sur, se puede creer que era alguna rama de los *Cholatecas* ó *Chorotegas* (palabra que significa *echados*) y que emigraban al través de la América Central desde el Anahuac, y se iban estableciendo en todo territorio propicio, en donde los aborígenes eran demasiado débiles para defenderse.

Por esta pequeña descripción del Istmo de Panamá á la llegada de Colón se puede calcular que aquellos pueblos no tenían nada que esperar del porvenir, sino caer de día en día en una mayor barbarie; y si esas poblaciones aborígenes han sido en parte exterminadas sin haberse logrado civilizarlas <sup>1</sup>, tampoco hubieran sido felices sumidas como estaban en las tinieblas de la ignorancia. Poco á poco, más tarde ó más temprano, siempre sonaría para ellas la hora de su desaparición, para dar campo á otra raza más capaz de comprender la luz de la verdadera civilización.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

<sup>1</sup> Aún se conservan en el Istmo descendientes de los primeros habitantes.

En 1747 el gobernador de Panamá (D. Francisco Balcárcel de Miranda) calculó que la población de raza indígena en el Istmo no contaría más de 5.000 familias—es decir unas 25.000 almas. En 1862, cuando el geógrafo Codazzi visitó aquellos territorios creyó que la población aborigene que se conservaba desde el golfo del Darien hasta San Blas, y en las cabeceras de los ríos *Bayano*, *Chucurumaque* y sus afluentes, así como los que pueblan las orillas del Tuirá y Jurado y las de Chiriquí y el departamento de Veraguas, no pasaban de 6.000 indígenas.

Sin embargo, el viajero francés, M. Pinart, que visitó personalmente el Norte del Istmo y los confines de Colombia con la República de Costa Rica—calcula que ahora unos tres ó cuatro años, aún quedaban allí hasta 4.000 individuos de pura raza indígena, esto sin contar los de las costas de San Blas y los que tienen poblaciones puramente indígenas en el Sur del Istmo, y en el Darien.